

Ricardo E. Latcham

Los indios del extremo sur de Chile: chonos, patagones y fueguinos

ENTRE las tribus huilliches, había una de pequeña estatura, pero de cuerpos robustos y fornidos, que ocupaba la región comprendida entre el Río Bueno y el Golfo de Reloncaví y el Canal de Chacao, especialmente los actuales departamentos de Osorno y Carelmapu. Este pueblo se ha conocido históricamente con el nombre de *cunco*, que quiere decir «racimo». Se dice que esta denominación le fué dada, porque era numeroso.

Al parecer, debido al gran repliegue de los huichilles hacia el sur, consecuente a la invasión de los araucanos en su antiguo territorio, muchas de las tribus de Carelmapu y Maullín, encontrándose más y más estrechadas por este movimiento migratorio, cruzaron a la isla grande de Chiloé. Allí desalojaron a su turno a los *chonos*, quienes, a juzgar por antiguos restos hallados, eran los primitivos habitantes.

Los *cuncos* ocuparon toda la parte norte y central de la isla y algunas de las pequeñas islas del archipiélago de Quinchao. Los *chonos* se refugiaron en el sur de Chiloé y en el archipiélago de Guaytecas, donde los hallamos en el tiempo de la Conquista. Es verosímil que en la isla grande de Chiloé tuvo lugar una fusión parcial entre los *cuncos* y los *chonos*, mezcla que daría a los chilotos ciertos caracteres que los distingue de los *cuncos* de Carelmapu y Osorno.

La ocupación de los chonos todavía se nota en las denominaciones geográficas de muchos lugares, nombres que no pueden explicarse por la lengua araucana, llevada a la isla por los cuncos de tierra firme. Entre éstos pueden citarse los que terminan en *ao* (que son muy numerosos) *ac* o *ec*, *in* o *lin*, *mo*, *chi*, etc.

Los españoles, al tomar posesión de Chiloé en 1567, hallaron el sur de la isla habitado por indios chonos, quienes se llamaban *payos*. No obstante la mayor parte de ellos había emigrado a los archipiélagos de las Guaytecas y Chonos y a las costas patagónicas del canal de Moraleda, hasta el Golfo de Penas.

Al norte de ellos, en Tierra Firme, cerca del lago de Nahuelhuapi, habitaba una rama de la raza pampeana, llamada *poya*, mientras que más al sur, en las faldas de la cordillera, moraban los *caucahues*, pueblo de gran estatura, que pertenecía a los *Vuta Huilliches* o Gente Grande del Sur, y era evidentemente de extracción patagónica. Estos tres pueblos hablaban lenguas distintas y no pueden confundirse.

La etnografía de las tribus que residían al sur del Golfo de Penas, no es muy clara, por cuanto los observadores que los han descrito no emplean los mismos nombres, al hablar de los diferentes grupos de indios hallados por ellos. Todos eran nómades, cazadores y pescadores y se mudaban de localidad en localidad, en busca de su alimento. Cada grupo o tribu tenía nombre propio, sin tener una denominación genérica que los distinguiera como pueblo o nación.

La primera breve relación que tenemos de los *chonos* la debemos al Padre Venegas, quien hizo una misión entre ellos en 1611, y de otra aun más breve del Padre Diego de Torres en el mismo año. El Padre Torres dice: Intenté hacer un Catecismo en la lengua chona, que es más dificultosa en la pronunciación que ésta general (la araucana).

El cacique que informó al Padre Torres respecto de la región al sur de Chiloé añadió «que eran más de mil las islas, casi todas pobladas de tres o cuatro personas cada una... que hay mucha riqueza de mariscos y pescados con el qual se sustentan los naturales de ella y que de ordinario beven aceite de lobo,

por la mucha abundancia que ay de ellos y la mucha falta de agua dulce».

«Andan desnudos casi todos y sólo por la honestidad se tapan con unas hojas algo grandes y duras que arroja el mar en sus playas y riscos; que los que están aquí más hacia la ysla grande en la primera que se llama Guaytecas *crian algunos perros grandes lanudos* los quales trasquilan a sus tiempos y de aquella lana texen sus vestidos, que se parecen mucho a nuestras esclavinas y que son ásperos y que sólo el Gobernador y Cacique Don Pedro del Co, que así se llama, tiene algunos sembrados de papas y maíz, pero es muy poco. Tienen el cabello *rubio* y el color del rostro trigueño, son afables y muy mansos y humildes, pero los Huilles que viven más hacia el Estrecho van totalmente desnudos. Tienen las carnes negras (entiendo que es de las continuas injurias del sol y aguaceros y de las malas comidas, porque no comen más que marisco crudo). Tienen el cabello negro y gordo como cerdas, son más broncos y groseros aunque no son feroces, sino humildes y mansos, sus casas son movedizas, porque haciéndolas como un toldo de cortezas de árboles dobladizas, las mudan donde quieren. Suelen los más ladinos de los Chonos yrlos a maloquear y se sirven de ellos y aun los venden o dan en don a otros».

En la relación del Padre Venegas de los chonos, cuya lengua había aprendido, encontramos: «No conocen tampoco el ganado y las aves u otros animales domésticos, si se exceptúa el cacique, el cual tiene algunas ovejas y uno que otro perro. De allí sacan algo de vestido, pero tan poco que los niños andan casi desnudos, aunque parecen españoles».

«Los jóvenes y adultos tienen una pequeña manta la cual no cubre todo el cuerpo, por lo cual, calentada una parte del cuerpo, tapan la otra para el mismo efecto».

«Como queda dicho, sacan toda su manutención del mar, donde la recogen las mujeres, no haciendo caso en ésto ni del frío ni del calor; ni si se encuentran enfermas, si están en cinta o si recién dieran a luz. El hombre mientras tanto está sentado en casa atizando el fuego o está buscando leña. Estas casas,

empero, son ranchitos tan reducidos, que adentro hay que ponerse de rodillas para no tocar arriba y su longitud apenas es la del cuerpo tendido. En los viages llevan consigo estos ranchitos, a manera de los egipcios.

«El suelo de las islas está cubierto de espesos y espinosos arbustos y se convierte en tiempo de lluvia en charcos. Saliendo, empero, el sol por poco tiempo, desaparece el agua, y la poca que queda se pone toda colorada como sangre y despide mal olor. Nadie la bebe, sino atormentado de una sed insoportable».

Calcula el número de los habitantes de Guaytecas en unos pocos cientos de individuos, y dice que los misioneros casaron unas cincuenta parejas.

En 1766-1767, el Padre García, quien visitó todas estas tribus, en una misión de evangelización, las clasificó como sigue:

«Los chonos desde el sur de Chiloé hasta el Golfo de Penas; los *caucahues* en la costa patagónica de la misma región, aunque originalmente vinieron de más al sur, o sea frente a las islas Guayanecas, al sur del golfo». Entre los paralelos 48 y 49, coloca a los *calenes*, en el continente y los *tayatafares* en las islas Wellington y Campana. Al sur de los calenes se hallaban los *leyecheles* y al sur de los tayatafares, los *yequinaqueres*. Otros nombres de estas mismas tribus son los *coucous* o *caucous*, los *key-yus*, que posiblemente son los mismos anteriores; los *taruchées* y los *poy-yus* o *peyes*.

De todo el conjunto de evidencia, confusa y a veces contradictoria, con un estudio prolijo, se puede deducir que, en las islas y canales al sur de Chiloé, en tiempo de la colonia, habitaban tres pueblos, de lenguas distintas, los *chonos*, los *caucahues*, que parecen haber tenido sangre tehuelche o patagona, y los indios de los canales al sur de la península de Tres Montes, los cuales, con toda probabilidad, eran tribus fueguinas y que más tarde se replegaron aun más al sur.

No queda claramente establecido, pero existen fuertes razones para creer que los *chonos* pueden haber formado otra rama del mismo pueblo; aunque, según los primeros observadores,

hablaban otra lengua, pero es posible que no era sino un diferente dialecto del mismo idioma, que hoy llamamos alacaluf.

Todos están de acuerdo, sin embargo, que dichos pueblos eran muy diferentes de los araucanos y de los chilotes, en su apariencia, en su lengua y en su cultura.

Al sur de la región de los canales patagónicos, en el territorio, bordeando el Estrecho de Magallanes, en la isla de Tierra del Fuego y los archipiélagos al oeste y al sur de ella, habitaban tres pueblos diversos, conocidos con el nombre genérico de fueguinos. En el continente al norte del Estrecho, se hallaban otras tribus de *tehuelches* o patagones.

Los fueguinos se dividían, como decimos, en tres pueblos distintos: los *alacalufes* que ocupaban la parte occidental del Estrecho y las islas adyacentes; los *yahganes*, que moraban en las costas del Canal Beagle y las islas al sur, hasta el Cabo de Hornos, y los *onas* que recorrían toda la parte septentrional, oriental y central de la isla grande de Tierra del Fuego, desde el Estrecho de Magallanes hasta el sur del lago Fagnano.

Estos tres pueblos eran diferentes unos de otros en caracteres físicos, en lengua y en cultura y a todas luces tenían orígenes distintos.

Los *onas* parecen haber tenido parentesco con los *tehuelches* del norte del Estrecho, como se nota en su gran estatura y formas corpulentas, pero a juzgar por las diferencias que se hallan en su cultura, la separación de las dos ramas debe haberse efectuado hace muchos siglos.

Resumiendo las diversas noticias sacadas de las relaciones dejadas por los primeros navegantes en estas regiones, hallamos al sur de Chiloé, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, siete naciones distintas, que se pueden dividir en dos grandes grupos culturales—la gente de las canoas y la gente pedestre. El primero incluía los chonos, los calenes, los alacalufes y los yahganes y el grupo pedestre, los caucahues, los patagones y los onas.

Es posible que se pueda simplificar aun más esta agrupa-

ción, porque los chonos, los calenes y los alacalufes parecen haber sido ramas de un solo pueblo, del cual hoy sobreviven los últimos. Físicamente eran todos parecidos y las diferencias de dialecto y de detalles culturales pueden explicarse por la infiltración de las costumbres de otros pueblos colindantes. Por otra parte, los caucahues eran, sin duda, de origen tehuelche o patagón, aunque quizá mezclado algo con los chonos. Es de creer además que los onas también tuvieron un origen común con los tehuelches, modificándose después de su radicación al sur del Estrecho, por la costumbre, continuada hasta hoy, de casarse con mujeres yahganes. La separación de las dos ramas de los antiguos patagones y el aislamiento de los onas durante varios siglos en un nuevo medio, en contacto con vecinos de otra índole y cultura, serían causas suficientes para diferenciarlos de los tehuelches que quedaron en la Patagonia, y sintieron después las influencias de los indios pampas y araucanos de más al norte.

Los *yahganes* se distinguían de los demás fueguinos en sus caracteres físicos, en su lengua y en los elementos de su cultura. La forma de sus cráneos los relaciona con el pueblo *paleo-americano*, cuyos restos primitivos de tipo arcaico se han encontrado en tantas partes de las costas del continente. La región que ocupan es la más austral de todas las tierras habitadas del globo y parece que forman el último vestigio de aquella antigua raza, empujado hasta el postrer rincón, donde está en vías de extinguirse rápidamente, quedando en la actualidad menos de cien individuos.

En cuanto se puede deducir por los hechos conocidos, estas hipótesis parecen ser las más lógicas, aunque por el momento no se las puede considerar como completamente comprobadas. Según ellas, tendríamos tres troncos étnicos al sur del paralelo 42° en los tiempos prehispánicos: los *yahganes*, que ocupaban puntos aislados de las costas del Atlántico y Pacífico, empujados hacia el extremo sur del continente por tribus que llegaron más tarde; los *chonos* de quienes se derivaron los calenes y los alacalufes, y que habitaban las islas y canales occidenta-

les hasta Chiloé inclusive, por el norte, y los antiguos *patagones*, de donde se originaron los tehuelches, los caucahues y los onas.

Los primeros dos de estos pueblos troncos eran esencialmente pescadores. Vivían en las costas y las islas adyacentes. Eran navegantes y usaban canoas. Los patagones, al contrario, eran cazadores, gente terrestre, aunque también llegaban a las playas para recoger mariscos o para aprovechar el cadáver de alguna ballena varada en la costa. No usaban ninguna clase de embarcación.

Los chonos del norte y centro de esta región eran los que sufrieron quizá mayores mezclas, ya con los cuncos, ya con los patagones; y la rama meridional o sean los alacalufes, se fusionaron en pequeño grado con los patagones, los onas y los yahganes.

En la actualidad, los chonos, los caucahues, los calenes y la mayor parte de los tehuelches del Estrecho se han extinguido, quedando solamente algunas pocas familias de onas, yahganes y alacalufes en el archipiélago de Tierra del Fuego; y con toda probabilidad, dentro de muy pocas generaciones estas también habrán desaparecido.

Miremos ahora por un momento a las costumbres y la vida diaria de estos pueblos, los cuales y, en especial, los fueguinos, han sido clasificados entre los más primitivos y salvajes que se han hallado en la tierra.

De todos ellos, los chonos que habitaban el sur de la isla de Chiloé a la llegada de los españoles, eran los más cultos, pues habían aprendido ciertos adelantos de los cuncos o chilotes. Algunos de ellos practicaban en pequeña escala una agricultura rudimentaria, aunque la papa y la quinoa parecen haber sido las únicas plantas que cultivaban. Algunos de los caciques tenían pequeñas tropas de *chilehueques* o *llamas*. El Padre Torres nos dice igual cosa de un cacique de las islas Guaytecas que le visitó cuando estaba de misiones en la ciudad de Castro en 1611, y dice que este cacique también tenía sembrado un poco de maíz, pero esta noticia es dudosa y el

Padre no lo había visto. Es probable que la planta que tenía sembrada era la quinoa, que resiste mejor el frío, aunque por otra parte el maíz se cultivaba en la isla grande de Chiloé y aun en la de Calbuco.

Sin tener hogar fijo, los chonos eran más sedentarios que las tribus de más al sur, sobre todo los de Chiloé y durante el tiempo que dedicaban a sus pequeñas siembras y a la cosecha no se alejaban de su morada habitual, pero en el resto del año vagaban por las costas de los canales e islas en busca de mariscos u ocupados en la pesca o caza.

Los de Chiloé y del archipiélago de las Guaytecas habían adoptado la *dalca* o bote de tablas usado por los chilotes y los cuncos de Carelmapu y Golfo Relongaví. Estas embarcaciones eran de una construcción tan particular que merecen una descripción. Se construía de tres tablas largas y anchas, generalmente de alerce o de ciprés. Los indios las encorvaban, colocándolas de canto, entre estacas plantadas verticalmente en el suelo, empleando el agua y el fuego alternativamente para producir las curvas necesarias. Cuando las tablas habían tomado la forma requerida, las ajustaban, dándolas el corte necesario. A la orilla de cada tabla abrían un número de perforaciones y con cordeles hechos de *quilineja* u otras fibras vegetales, las cosían. Las juntas las calafateaban con la entrecáscara o corteza interior del alerce, la cual produce buena estopa.

La tabla que formaba el plan o quilla del bote, la arqueaban en forma de media luna, levantada de proa y de popa. El bote no llevaba timón, reemplazando a éste un remo corto y ancho. Sus dimensiones eran variables y fluctuaban entre cuatro y doce metros, aunque después de la conquista los hacían más grandes. Eran impulsados por remos (de 6 a 20) y a veces por pequeñas velas hechas de pieles de huanacos o de lobos marinos.

Estas embarcaciones se llamaban *dalcas*, nombre araucano de origen cunco.

Durante el siglo XVI este tipo de bote no se halló al sur de la península de Taitao, pero durante el siguiente, comenzó a exten-

derse hacia el sur. A mediados del siglo XVIII había llegado hasta la entrada occidental del Estrecho de Magallanes y un siglo más tarde se conoció también entre los yahganes, hasta la isla de Navarino. En todas estas regiones casi desterró el empleo de la canoa de corteza, siendo reemplazado a su turno por la piragua o canoa labrada de un solo tronco, y es ésta la embarcación más empleada hoy por los fueguinos.

Cuando los españoles ocuparon la isla de Chiloé, comenzaron a fabricar *dalcas* de cinco y aun de siete tablas, en vez de las de tres usadas por los indios, y así las podían construir de mayor tamaño. Los indígenas adoptaron la costumbre y después las hacían de igual manera aumentando el número de tablas, según las dimensiones de la embarcación. Algunas de las más grandes podrían llevar hasta veinticinco personas.

Con la excepción de los que vivían en la isla de Chiloé, los chonos, al igual de los alacalufes, iban por la mayor parte desnudos. Casi el único abrigo que usaban era una especie de manta corta que cubría sólo las espaldas hasta la cintura o poco más abajo. Sin embargo, los primeros que vieron a los indígenas del archipiélago de las Guaytecas, dicen que hacían prendas de vestir de la lana de unos perros lanudos que criaban. Las primeras noticias que tenemos de estos perros las debemos a la relación de Cortés Hoguea—dictada al escribano Goycueta—en que informa sobre su viaje con Juan Ladrillero al Estrecho de Magallanes en 1558. Dice esta relación: «En esta tierra (entre los grados 43 y 47) abitan vnos yndios que traen vnas canoas de tres tablas en la manera que son las de los coronados, empero hablan otra lengua, que los coronados no entienden; estos yndios llaman huylli e son muy balientes guerreros con sus comarcanos, los quales les tienen miedo. Sus armas son lanzas, macanas, puñales de hueso e piedras, *su bestir es de lana de unos perros pequeños lanudos que crían*, su comer es marisco e pescado, qual toman con anuelos hechos de palo o redes de hilo hecho de la corteza de unos árboles que llaman *guantu*, de que también hazen mantas. Su abitación

es en las canoas do traen sus hijos e mujeres con las cuales andan comiendo lo dho den ysla en ysla».

Hemos visto que los Padres Torres y Venegas dan las mismas noticias cincuenta años más tarde cuando fueron a estas islas en misiones.

El Padre García, quien escribió en 1767, dice la misma cosa de los caucahues, en cuanto a su desnudez. Describiendo una familia de dichos indios, que encontró por el Canal de Fallos, dice: «Pintado el hombre el rostro y con su plumaje en la cabeza, que eran dos alas de pájaro; el vestido del hombre, así como de las dos mujeres se reducía a una sola manta de pellejitos de *güillin* o gato marino, que les cubre las espaldas y poco más abajo de la cintura, pero no por delante, más ni el hombre ni las mujeres echan de ver aquel natural pudor que causa la desnudez. El adorno de hombre y mujeres es una sarta de caracoles muy menudos puesta alrededor de la cabeza y las mujeres añaden al cuello unos sartos de bromas de palos que parecen hueso. Van con el pelo de media cabeza cortado por temor del maleficio».

Las mantas también las fabricaban de la corteza de un árbol llamado *quantu*, según el Padre Rosales, quien dice que los de Chiloé la usaban igualmente. Los calenes y caucahues usaban a veces los cueros de aves marinas para el mismo propósito, con las plumas hacia afuera, y estas eran las mejores, porque el agua y la lluvia nada las hacían y eran a la vez las que más abrigaban.

Los chonos habitaban cuevas donde estas se hallaban, pero también construían ranchitos primitivos en forma de colmena, circulares o elípticas. Consistían de un armazón de palos encorvados, el cual cubrían con planchas de corteza de árboles, pasto, helechos, cueros de animales, o lo que tenían más a la mano. Raras veces moraban en el mismo punto por muchos días, salvo los que habitaban el sur de la isla de Chiloé o las islas Guaytecas, que se dedicaban a la agricultura esporádica. Por lo demás eran nómades y sólo permanecían en una localidad mientras que la caza o la pesca era abundante.

Los chonos a veces pescaban con redes, pero como las demás tribus de la región, se servían generalmente de harpón. Eran también famosos buzos y se tiraban al mar para sacar los mariscos y moluscos del fondo, como lo hacían también los alacalufes y los yahganes.

El alimento vegetal entraba muy poco en su dieta, pero por ocasión comían bayas, frutas, raíces y tallos. Comían la carne de las ballenas varadas en las playas, aun cuando estuviera en estado de putrefacción. También comían los lobos marinos y delfines que lograban cazar y muchas clases de aves marinas o terrestres. Su principal bebida, si hemos de creer a los misioneros, era el aceite de lobos, a causa de que era muy difícil encontrar agua potable. La causa de esto reside principalmente en que las islas están cubiertas de vegetación y el suelo es formado por una masa de materia vegetal en putrefacción, que es muy porosa y forma pantanos y barriales, y sólo en las partes rocallosas puede estancarse algo de agua más limpia, la que, sin embargo, luego se evapora. Los indios casi nunca penetran al interior de estas islas y sólo frecuentan las playas de las caletas.

Estos indios tenían dos clases de perros, que les ayudaban mucho en sus cacerías y a los que también enseñaban a mariscar. Es probable que una de estas variedades fuera la lanuda de que hablan los primeros observadores.

Sus armas eran principalmente lanzas y puñales de hueso de ballena o de lobo marino, pero también usaban la honda y el arco para cazar, y el harpón para pescar. Hay razones, sin embargo, para creer que el arco y las flechas se introdujeron entre los chonos y también entre los alacalufes y yahganes, debido a sus contactos con los patagones y onas, que eran pueblos que poco usaban la lanza, pero, en cambio, eran grandes flecheros desde que aparecen en el horizonte americano.

No existe ninguna relación completa y detallada de los indios chonos, pero muchos de los navegantes del siglo XIX hablan de pequeños grupos que encontraron en diversos puntos, y proporcionan algunos datos que son interesantes y que en conjunto nos dan una idea respecto de ellos.

Vidal Gormaz dice que en la parte este de los archipiélagos de las Guaytecas se encuentra el puerto de Melinka. Cuando se desboscaba el terreno para construir el primer establecimiento, se hallaron en él muestras de antiguos cultivos y también hachas de piedra de las que usaban los antiguos indios payas, puntas de flechas y aun los platos de madera de ciprés de que se servían y que todavía están en uso en el sur de Chiloé.

Wallis halló 32 de estos indios al sur de la isla de Chiloé. Dice que eran de mejor raza y de mejores facciones que los fueguinos, pero agrega que eran similares a los alacalufes. Fitzroy dice que en sus días podría calcularlos en más o menos 400. Hablando de los del Golfo de Trinidad, dice: «Eran con mucho superiores a cualquier fueguino de los que habíamos visto, siendo de una raza más alta y más derecha y mejor proporcionada; las piernas las tienen más redondeadas y más musculosas y más llenas que todos los indios que usaban canoas en los estrechos del sur. El ancho de las espaldas, tan notable en los fueguinos, no era tan marcado en este pueblo ni eran tampoco tan feos como ellos. Pertenecen a una raza más hermosa».

«Su alimento es de mariscos y pescado, aves acuáticas, focas, nutrias, etc. Sus habitaciones son cuevas y a veces chozas circulares cuyas estacas he visto. A menudo enterraban los muertos en estas mismas habitaciones, pero por lo común preferían colocarlos en cuevas, tapándolos con ramas».

El Capitán Simpson dice que en tiempos pasados se encontraron en estas cuevas «momias acondicionadas en ataúdes de corteza de ciprés en forma de huevos, pero todos han sido ya removidos o destruidos. Su estatura era baja, y fluctuaba entre 1.55 y 1.60 ml.»

Todo lo que hemos dicho de los chonos es igualmente aplicable a los calenes y a los alacalufes, si exceptuamos la forma de las canoas.

Al sur del Golfo de Penas, los calenes y los alacalufes, como también los yahganes, usaban canoas hechas de la corteza de árboles, en vez de las dalcas o botes de tablas empleados por los cuncos, los chilotes y los chonos. Solamente a principios

del siglo XVIII aparece la dalca en esta región. Todos los primeros observadores hablan de las canoas de corteza. Parece que éstas eran de dos tipos, uno que se fabricaba de una sola pieza y otro que se formaba de tres o más planchas, cosidas longitudinalmente, por el estilo de las dalcas y que tal vez eran copiadas de éstas.

Las primeras se cosían en ambos extremos para formar la proa y la popa. Se mantenían abiertas con travesaños de palo, y a menudo, para darlas mayor firmeza, se colocaban palos largos y encorvados en las orillas superiores, a los cuales se cosían las planchas de corteza. Algunas de estas canoas eran de tamaño considerable, especialmente las de los alacalufes, y en ellas afrontaban las bravezas del mar del sur y aun los furiosos temporales. Se embarcaban en ellas toda la familia, con los perros y todos sus enseres. En pocas palabras, la canoa era, lo más del tiempo, su hogar. En el fondo echaban una capa de tierra y sobre ella hacían su fuego y cocinaban sus alimentos. Hacían gamelas, tazas, vasos y otros artículos de la corteza de árboles y en los más grandes hacían hervir el pescado, por medio de piedras candentes; los mariscos los comían por la mayor parte crudos, y la carne de animales o de aves la asaban o más bien la tostaban, ensartada en un palo, porque la comían semi-cruda.

Para sus canoas, gamelas y otros objetos empleaban generalmente la corteza de una especie de haya (*fagus betuloides*), de tronco limpio. Dicha corteza tiene el grueso de un dedo, es muy consistente y fibrosa y cuesta mucho romperla. Para sacar la corteza, los indios usaban cuchillos de concha, de hueso o de pedernal. Se sujetaban al tronco durante la operación por medio de fuertes sogas de cuero. De esta manera sacaban planchas de seis, ocho y diez metros de largo, haciendo sólo una incisión vertical. La anchura de la plancha era limitada por la circunferencia del árbol.

Durante los últimos treinta o cuarenta años, las canoas de corteza han sido reemplazadas en gran parte por las piraguas o canoas labradas de un solo tronco ahuecado. La fabricación

de una canoa de esta naturaleza demora uno, dos o hasta tres años, según el tamaño. Los fueguinos carecen de hachas, aun las de piedra. Para derribar un árbol, trozar y ahuecarlo se valen del fuego lento aplicado con toda cautela a la parte precisa. Cuando se ha carbonizado algo, lo remueven con cuchillos o raspadores de concha y vuelven a carbonizar otro poco. Con este método primitivo es fácil concebir el trabajo inmenso en que se incurre para dejar terminada una embarcación de regulares dimensiones.

Los alacalufes y los yahganes emplean en la actualidad de preferencia la piragua. Desde su introducción ha desaparecido el uso de la *dalca* en los mares australes, pero persiste en muchas partes el empleo de las canoas de corteza, debido a su más fácil construcción, especialmente en la región ocupada por los yahganes, donde los árboles grandes, a propósito para las piraguas, son más escasos.

Ni los tehuelches ni los onas usan canoas, ni saben fabricarlas. Ocasionalmente los últimos pasan a las islas en las canoas de los yahganes, pero por lo general no salen de la isla grande de Tierra del Fuego y los tehuelches se confinan al extremo sur del continente, al norte del Estrecho de Magallanes.

Entre los alacalufes y los yahganes, la forma más común de las habitaciones terrestres es igual a la que hemos descrito para los chonos, es decir, en forma de colmena. Estas eran generalmente de pequeñas dimensiones y muy bajas, sin tener mayores pretensiones de ser otra cosa que abrigos temporales. Los yahganes también construían otras chozas más grandes, de la misma forma, más bien hechas y más estables. Se usaban especialmente para las ceremonias de iniciación de los jóvenes y niñas, cuando llegaban a la edad de doce a catorce años. Antes eran mirados como muchachos y muchachas, sin importancia en la vida de la comunidad, pero después de su iniciación, eran considerados adultos, ya podían casarse y tomar parte en las deliberaciones del grupo.

Cuando los onas y los yahganes se establecían por algún tiempo en un lugar, construían habitaciones cónicas, de mayor

tamaño, de palos, cubiertas de pieles de huanacos o de lobos marinos, o bien con planchas de corteza de árboles. Sus residencias de invierno, casi siempre las hacían de esta manera, mientras que los alacalufes se guarecían en cuevas.

En el censo de Chile de 1895, hallamos los siguientes datos referentes a los onas: «El número puede estimarse más o menos en 1.500. Descienden sin duda de los patagones a juzgar por la semejanza física. Son altos y corpulentos, de anchas espaldas y miembros proporcionados al tronco y forman una bella raza. La estatura media de los hombres es de 1.83 mt. y de las mujeres 1.67 mt.

«Para construir sus viviendas, excavan ligeramente el suelo, clavan en seguida unas cuantas estacas que ligan con cuerdas en la parte superior, dando a la choza la forma de un cono bajo; alrededor, para protegerla del viento, la rodean de un bajo muro de champas y sobre las estacas colocan unas cuantas mantas o cueros de huanaco.

«Su alimentación consiste en el huanaco, el cururo y los mariscos que encuentran en las playas. Son inteligentes y aun dóciles cuando se les trata bien; los niños se prestan para civilizarlos con suma facilidad».

Los onas, aunque tenían algunas costumbres comunes a los otros fueguinos, se diferenciaban de ellos, sin embargo, en un número de elementos culturales. Como los patagones, vestían largas capas de cueros de huanacos que llegaban hasta los pies y sacaban sólo durante la casa o en sus juegos. En este respecto se diferenciaban de los primeros, en que usaban las capas con la lana hacia afuera, llevándolas los patagones con la lana junto al cuerpo. Las mujeres onas llevaban debajo de la capa, una especie de camisola que llegaba desde los pechos hasta un poco más arriba de las rodillas. En cambio, las mujeres yahganes y alacalufes sólo cubrían las espaldas con una corta capa de pieles.

Los onas casi nunca usaban la lanza o la macana como los indios de las canoas: sus armas principales, desde tiempos muy remotos, eran el arco y las flechas y es probable que dichas armas fueran adoptadas por los yahganes y los alacalufes, después de

ponerse en contacto los tres pueblos, porque en los más antiguos conchales no se hallan puntas de flechas y en los tiempos más modernos los yahganes no las han sabido fabricar, obteniéndolas de los onas en cambio de otros productos.

Los onas tienen una tradición según la cual llegaron a pie, de una tierra lejana de grandes llanuras y que después de su llegada al territorio que ahora ocupan hubo un gran cataclismo que abrió el Estrecho de Magallanes y por esta causa no han podido volver.

Todos los fueguinos procuran el fuego de una manera muy distinta a la empleada por los demás pueblos indígenas de Chile. En vez de frotar dos pedazos de madera, o de taladrar una seca y esponjosa con un palo más duro, usan piritas de hierro y un pedernal para sacar chispas, las cuales recogen en estopa sacada de la cáscara interior de ciertos árboles, en musgo o en otro material que arde con facilidad. No usan lámparas, pero fabrican antorchas de cortezas de árboles, torcida y empapada en aceite de lobo o de ballena.

Los *yahganes* han sido el pueblo quizá más estudiado de todos los fueguinos, especialmente por la expedición francesa. Hyades y Deniker en su monografía dan un gran número de detalles tomados durante un año de residencia entre ellos. En cuanto a sus caracteres físicos, resumen como sigue: «Estatura baja, cabeza voluminosa y relativamente alta, mesaticéfalos con una ligera tendencia hacia la dolicocefalia en los hombres y hacia la braquicefalia en las mujeres. El cráneo estrechado algo en la región frontal, pentagonal visto en «pars occipitalis», y algo achatado en la región cerebral, arcos supraorbitarios muy pronunciados, la cara alargada y en forma de losange y angulosa. Vista de frente la parte frontal es baja, retrocedente y angosta. Mesosemo con ligera tendencia de ser megasemos, los ojos pequeños y derechos, la nariz leptorina y cóncava con puente angosto y anchas ventanillas. Prognatismo poco pronunciado, juanetes salientes hacia adelante».

Según Bridges, a fines del siglo pasado habían 1,000 yahganes; hoy apenas alcanzan a cien.

La misión francesa midió 121 hombres y 118 mujeres. La

estatura media de los primeros era de 1.59 mt. y la de las mujeres 1.49 mt.

Los *alacalufes* que viven por la parte occidental del Estrecho y en las islas cerca de la boca y que antes ocupaban el oeste y norte de la isla grande de Tierra del Fuego, eran distintos físicamente de los yahganes y por otra parte eran muy parecidos a los chonos y calenes de más al norte. Fitzroy dice que los hombres eran los más robustos y las mujeres las más agraciadas de todos los fueguinos. Aunque no muy desemejantes a los yahganes son superiores a éstos pero inferiores a los patagones.

Su estatura es más elevada que la de los yahganes y la Comisión Científica al Cabo de Hornos la da en 1.66 mt. Su idioma es diferente de el de los demás fueguinos, pero en sus costumbres son casi idénticos a los yahganes. Habitan, como hemos dicho, el norte y el oeste de Tierra del Fuego, como también las numerosas islas que forman el Estrecho Brecknock y ocupan una parte de la costa norte del Estrecho de Magallanes en su extremidad occidental. A principios del siglo XIX llegaban hasta la isla Wellington, pero poco a poco han ido recogiendo más al sur. Es casi seguro que formaban un solo pueblo con los chonos y calenes y que en el siglo XVI eran muy numerosos, aunque hoy quedan reducidos a dos o trescientos individuos.

A mediados del siglo XVIII se calculaba en 15.000 los indios que habitaban los canales e islas al sur de Chiloé. En la actualidad no alcanzan a mil y probablemente mucho menos. Los chonos, los calenes y los caucahues han desaparecido, los *alacalufes* han disminuido a unos 200 a 300, los yahganes a menos de 100 y los onas, que hace cincuenta años pasaban de 2.000, ahora se han reducido a unos 300.

Los yahganes se han recogido a las misiones y los pocos que quedan andan vestidos y han abandonado en gran parte sus antiguas costumbres primitivas. En menor grado, esto ha pasado también a los *alacalufes* y onas.

Al continuarse la rápida disminución de estos pueblos, no es

lejano el día en que quedarán sólo recuerdos de ellos. Su extinción se debe principalmente al contacto con la civilización y les espera el mismo fin que a los tasmanios y muchas tribus australianas, los indios de Norte América, de la Argentina y otras partes, donde los pueblos cazadores siempre se acaban ante el avance de la agricultura que restringe sus territorios y sus medios de sustento.